

APRENDER A LEER CON HEGEL

ÁNGEL GABILONDO

G.W.F. Hegel
*Enciclopedia de las ciencias filosóficas
en compendio. Para uso de sus clases.*
Edición, introducción y notas de
Ramón Valls Plana,
Alianza Editorial, Madrid, 1997, 630 págs.

Si atendemos los textos de Hegel como ejemplo de un nuevo sentido del leer y de una consideración pertinente de la lectura, la «*Enciclopedia de las ciencias filosóficas*» resulta especialmente significativa. En todo caso lo es, pero esta posición nos obliga a ciertos replanteamientos. La necesidad de espacios de controversia, de debate, de deliberación, de discusión responde a una tarea que no se limita al acopio de interpretaciones. Si hablamos de «*Hegel lector*» no es sólo porque lo es, y no simplemente de textos de filosofía. No aludimos, sin más, a sus lecturas, sino a todo un modo de proceder, al método entendido como acción de leer. Necesitamos «una conversación *con* Hegel, no *sobre* Hegel, haciéndonos *problema*, y no sólo tema de conversación, de lo que también para él fue problema». ¹ Y no por mero deseo de confrontación o de contraste de determinadas posiciones ya adquiridas, sino para hacernos cargo de quiénes somos y del tiempo en el que vivimos, para darnos un presente, no un simple espacio de reposo.

Si nos inscribimos entre quienes estiman que «Hegel está en el origen de cuanto se ha hecho de grande en filosofía desde hace un siglo» y subrayan que «podría decirse sin paradoja que dar una interpretación de Hegel es tomar posición sobre todos los problemas filosóficos y religiosos de nuestro

1. Xavier Zubiri, «Hegel y el problema metafísico», en *Naturaleza, Historia, Dios*, Editora Nacional, Madrid, 1978, págs. 223-240, pág. 225. Se señala que así habría de comenzar hoy «toda auténtica Filosofía». Pero, más aún, se trataría incluso, a partir de ello, de considerar lo que cabe plantearse.

siglo»,² la publicación en castellano de la *Enciclopedia* sacude una vez más las posiciones filosóficas acomodadas. Aún en el caso de que nos resuenen algo grandilocuentes palabras como que «el porvenir del mundo y así pues el sentido del presente y la significación del pasado dependen en última instancia de la manera como se interpretan hoy los escritos hegelianos»³ o, incluso, si hemos sentido la necesidad de «pensar contra Hegel o de escapar de él». Para empezar, porque pensar contra Hegel es un inevitable contar con él. Incluso si se acepta que «toda nuestra época, bien sea por la lógica o por la epistemología, bien sea por Marx o por Nietzsche, intenta escapar de Hegel», Hegel sigue siendo una referencia inevitable, siquiera para marcar lo alejamientos... «ese camino por medio del cual uno se encuentra llevado de nuevo a él pero de otro modo, para después verse obligado a dejarlo nuevamente».⁴ «Pero escapar realmente de Hegel significa apreciar exactamente lo que cuesta separarse de él; esto supone saber hasta qué punto Hegel, insidiosamente quizás, se ha aproximado a nosotros; esto supone saber lo que es todavía hegeliano en aquello que nos permite pensar contra Hegel; y medir hasta qué punto nuestro recurso contra él es quizás todavía una astucia que nos opone y al término de la cual nos espera, inmóvil y en otra parte.»⁵

Hay, sin embargo, una manera distinta, y con frecuencia habitual, de desconsideración, que en muchos casos consiste en autodenominarse «hegeliano» y dar ya demasiado por supuesto en qué consiste, erigiéndose en portavoz de sus textos y sentidos y otorgando legitimidad y carta de naturaleza a otros lectores y lecturas. Y no hay que descartar tampoco el hecho de que «muchos de los que se reclaman de Hegel son en realidad prehegelianos».⁶ Decir que Hegel en la aurora de los tiempos modernos representa un eslabón privilegiado, incluso un paso obligado, para quien desee abordar con seriedad y rigor el mundo de la filosofía contemporánea o simplemente comprender el tiempo en el que vivimos, reclama una tarea más exigente. Lo interesante es *Hegel como experiencia* y lo que, a partir de él, quepa entender por ella. Se ha llegado a hablar al respecto de «practicar Hegel», en la dirección de ligar conjuntamente (quizás «reconciliar») la toma de consideración de lo real y el esfuerzo de inteligencia unificadora que nos es preciso

2. Maurice Merleau-Ponty, *Sens et Non-sens, l'Existentialisme chez Hegel*, Nagel, París, 4ª ed., 1948, pág. 110.

3. Alexander Kojève, *Critique*, 1946, n° 2-3, pág. 366.

4. Michel Foucault, *L'ordre du discours*, París, Gallimard, 1971, pág. 76 (trad. Barcelona, Tusquets, 1973, pág. 59).

5. *Ibid.*

6. Pierre-Jean Labarrière, «Introduction à une lecture de la 'Phénoménologie de l'esprit'», Aubier-Montaigne, París, 1979, pág. 31.

desplegar en esta «toma de consideración»⁷. Y es así como el asunto cobra un fecundo alcance. Conversar con Hegel es hacer que Hegel intervenga en una conversación, dado que en este momento es el espacio mismo en el que dicha conversación puede tener lugar, esto es, el espacio de nuestro conversar. Por ello, hablar contra Hegel es, en cierto modo, hablar contra nuestro hablar, tarea quizás necesaria, la permanente de aprender un hablar. Pero ¿sigue siendo «el espacio Hegel» la trama de nuestro hablar, incluso contra él? ¿Qué hay de Hegel en lo que nos impide ser hegelianos? ¿Hasta qué punto nuestras cuestiones se despliegan en el seno de sus textos? ¿Puede decirse que ciertas lecturas, por ejemplo las que cabe hacer de Nietzsche y de Heidegger, quedan ridiculizadas sin una lectura atenta y considerada de Hegel?

Y ante tales cuestiones resulta gratificante encontrarnos con un texto que nos ofrece no sólo lo aprendido, sino el espacio del aprender, aquél en el que él mismo es puesto en cuestión. En efecto, Hegel redacta en diversas fases y en varias veces, y a partir de su incorporación con mayor estabilidad a la enseñanza universitaria en Heidelberg, la «*Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*», «*para uso de sus clases*», y este carácter de manual escolar le da un sentido de libro de texto que encontrará su alcance en lecciones «cara a cara». Pero no siempre se ha respondido a este carácter de obertura y se ha preferido insistir en un cierto aire de obra completa. Aquí el desafío es exigente. Se trata de hacerse cargo de lo que es todo un sistema, pero nunca «definitivamente escrito», «obra en proceso», plano, boceto, mapa que se rehace constantemente, texto corregido día a día, pero no al compás de las ocurrencias, sino al hilo del trabajo de las clases. Así, reelaborar es una forma de proceder. Y, entonces, el hecho de que la edición, introducción y notas a los que nos referimos sea de Ramón Valls Plana cobra un excepcional interés. Profesor del aprender, de la tarea más difícil, la del «enseñar el aprender»,⁸ ello no impide que nos encontremos ante una obra que busca ofrecer «el contenido universal de la filosofía», esto es, «los contenidos fundamentales y los principios de sus ciencias particulares». Y tal es la traducción, y más, que se nos ofrece, aquélla que muestra un determinado surgir, un brotar de notas, vocabularios, consideraciones... un espacio de decisiones razonadas, compartibles. Y estas elecciones justificadas, amparadas en un tiempo de estudio, en una tarea de pensamiento, convocan, no la mera sumisión o aceptación, sino la acción de leer, de articular, de vertebrar,

7. *Ibid.*

8. Se trata de aprender. Pero «el enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa: dejar aprender. Más aún, el verdadero maestro no deja aprender nada más que 'el aprender'». Martin Heidegger, *Was heisst denken?*, Max Niemeyer, Tübingen, 3ª, 1971, pág. 9 (trad., Nova, Buenos Aires, 2ª, 1972, pág. 26).

de recomponer. De este modo se copertenece y responde a esa «idea eterna», «(eternamente) engendrada y gustada»,⁹ y se es en ella. Efectivamente, el movimiento conceptual de la idea es vida y acto, «esa vida de la que nosotros los filósofos, a veces, gozamos».¹⁰ Y este «a veces», ahora tan expresivo, nos entrega, también, el afecto del concepto de las vicisitudes de la vida.

Es como si la edición del Profesor Valls se dirigiera a nuestro aprender, incluso pudiera llegar a cuestionar lo que cabe entender por ello. El estudio que llama a estudiar se encuentra en esta ocasión con la promesa de un libro de acompañamiento, otro compañero amigo, por venir. Y es como si la palabra retornara al público, gracias a una soledad ahora compartida. Los estudiosos, los estudiantes, lo que ambas palabras tienen en común, se habían tropezado hasta ahora con versiones no sólo ilegibles, sino con textos que impedían leer. El asunto resultaba grave, ya que nos encontramos con una de las obras que forman lo que se ha llamado «el corpus de Hegel» (con la *Fenomenología del Espíritu*, la *Ciencia de la Lógica* y los *Principios de la Filosofía del Derecho*), aquéllos dados explícitamente a la publicación, y no ante una mera recopilación de apuntes o notas. La presente edición de este libro de libros, que libera y necesita de otros, ofrece un lenguaje que reclama un deletrear y un *tempo* que son los de un sistema, eso sí, abierto, contra la rigidez enfermiza, tanto como contra el simple concurso de ocurrencias. Estamos ante un texto que nos enseña a leer, a leer no sólo filosofía, sino filosóficamente. La *Enciclopedia* nos convoca a aprender, a pensar filosóficamente en el pensar filosofía. Es la filosofía que se piensa a sí misma lejos de todo autismo o solipsismo.

Este manual abreviado que «siempre estuvo en fase de corrección», que en un cierto sentido «no salió nunca del telar», muestra un modo de proceder que no se limita a subrayar cuanto es revisable o mejorable, sino que apunta a todo un trabajo de pensamiento, en el que abrir espacios para otras voces, en el que las lecciones conversan con las lecturas, en el que lo que denominamos «añadidos» son la comunión de los textos con sus lectores y sus lecturas, un cruce de manos y de mentes, en un sugerente juego de escucha e interpretación. Tal obra en proceso lo fue así para Hegel. Y lo que ese estilo reclama es dedicación y estudio, una verdadera comunidad con la que, en rigor, no siempre contamos. Y aquí la tentación es convertir lo que era un manual en un tratado. Algo en lo que, como señala Ramón Valls, incurrieron algunos de los discípulos de Hegel en sus «añadidos» y en lo que caen no pocos impacientes (lejos de la paciencia del concepto) comentaristas. Pero se trata de ser

9. G.W.F. Hegel, *Enciclopedia*, parágrafo 577, pág. 604.

10. Cfr. Ramón Valls Plana, nota 924, pág. 604.

estudiantes *con* Hegel, no sólo estudiosos *de* él. Y ahora la edición es de profesor (un modo singular de ser estudiante, de ser con él, con quien se acerca y busca). No es cuestión de entender, sin más, el texto como un lugar que debe ser asaltado, incluso ocupado. Es un texto que abre posibilidades. Lectores de Hegel, también después de Nietzsche y Heidegger, cuando tantos se declaran kantianos posthegelianos (Dilthey, Ricoeur...), queda por ver qué cabe hacer *con* Hegel, qué nos queda realizar con sus textos, qué decidir con su compañía.

En este contexto, una edición con 925 notas, con multitud de referencias a obras citadas en sus ediciones correspondientes, con un vocabulario, con un índice de personas históricas, de materias... es un verdadero depósito de posibilidades. Pero no un simple arsenal o batería; no son pertrechos o instrumentos para un combate, sino toda una trama articulada, una elección, una lectura que intriga, un verdadero sistema abierto. Así se encuentran el modo de proceder de la obra y el de su edición. El trabajo minucioso, el cuidado, y un talante serio y ágil, lleno de decisiones argumentadas, marcan un estilo en el que los demás parecemos contar, más aún somos exigidos por las opciones y los argumentos: «lo traduzco generalmente por... ya que así», «para... véase», «interpreto que aquí se trata», «la interpretación sólo puedo basarla en el sentido del pasaje, puesto que», «traduzco... para evitar la confusión con el tecnicismo...», «la enojosa dificultad de este párrafo... procede básicamente de que el castellano actual ha perdido un uso neutro de...», «el traductor cree que no queda más remedio que restaurar ese uso porque su pérdida es empobrecimiento y porque el término se necesita para...». Cuando ese es el tono y ese el procedimiento, el lector no sólo es requerido, es convocado a lo mejor de su estudio, casi desafiado. Ya no basta con señalar que tal término o expresión son o no ambiguos o discutibles. Es cuestión de encontrar otros más adecuados y de argumentarlo, dentro del contexto, también de toda la obra, de otros textos, de otras palabras. Con Hegel, con Ramón Valls, poco a a poco «del yo al nosotros», en un permanente retornar con otros lectores y lecturas. Es la composición que rememora, es el lugar en el todo, no una mera ubicación, sino su capacidad de incidir en el vibrar de aquél, el modo en el que en ello palpita y late, su necesidad para que la composición sea adecuadada, y la acción bien compuesta. Tal es el carácter poético y trágico de este leer. La cuestión empieza entonces a ser otra. ¿Hay actualmente condiciones de posibilidad de leer a Hegel?

No estamos en este sentido ante simples apuntes. Es el sistema el que apunta lo que se nos viene diciendo y sólo diciéndolo viene. Se nos convoca a un inscribirnos, no a un leer desde fuera, a un involucrarnos en el que se apunta por dónde cabe atisbarse y emprenderse su significar, por dónde cabe buscar. Esta labor de Hegel que manejó ejemplares impresos en papel de

escribir para seguir enmendando permanentemente el libro y con él a sí mismo, fija ahora paradójicamente la materialidad de la *Enciclopedia*. Ya la corrección no es un mero proceso acumulativo de modificaciones. Es cuestión de volver al lugar del recrear, el que se nos ofrece en este texto que ahora se nos entrega. Y aquí se encuentran el aprender filosofía y el aprender a filosofar.

Hegel se opone al formalismo que pretende escindir filosofar y filosofía. «Según la obsesión moderna, especialmente de la Pedagogía, no se ha de instruir tanto en el *contenido* de la filosofía, cuanto se ha de procurar *aprender a filosofar sin contenido*; esto significa más o menos: se debe viajar y siempre viajar, sin llegar a conocer las ciudades, los ríos, los países, los hombres, etc.»¹¹ Pero tal planteamiento no procura sino la vaciedad de contenido, en el que las mentes nada pueden. Frente a esto propugna el *aprendizaje*. «La filosofía debe ser *enseñada y aprendida*» y ello por la implicación de uno mismo. Parecería como si se hubiera olvidado que «cuando aprendo lo que es la sustancia, la causa o lo que fuere, no pensase *yo mismo*, como si *yo mismo* no *produjera* estas determinaciones en mi pensamiento, sino que ellas fueran arrojadas en éste como si fueran *piedras*.»¹² Pero «en igual medida que el estudio de la filosofía es un obrar propio, es asimismo un aprendizaje -el aprendizaje de una ciencia configurada, *ya existente*».¹³ Ahora se comprende la indicación que acompaña el título de la *Enciclopedia*, que tanto lo sustenta como forma parte del mismo: «Para uso de sus clases». Ante la pura contingencia, arbitrariedad y particularidad de la opinión, cabe la libertad que no se entrega a la pura intuición inmediata, típica del hombre desprovisto de formación. Sólo el conocimiento de los puntos de vista universales conduce a lo que se ha de considerar de una forma esencial y evita el juicio precipitado acerca de todo, sin comprenderlo.¹⁴ Entre otras razones, porque «un hombre formado sabe a la vez los límites de su capacidad de juzgar.» No es cuestión de ir demasiado lejos. Quizás Hegel tiene una visión aún demasiado receptiva del alumno; ahora bien, la *Enciclopedia* nos ofrece la efectiva convocatoria que se nutre de una especial necesidad, la de que «la filosofía se convierta en una actividad seria».¹⁵ Y en ello el texto es explícito: «la vanidad y la superficialidad están listas con presteza y se apresuran a

11. G.W.F. Hegel, *Escritos pedagógicos*, F.C.E., Madrid, 1991, pág. 139.

12. *Ibid.*, pág. 140.

13. *Ibid.*, pág. 141.

14. Cfr. G.W.F. Hegel, «Teoría del derecho, los deberes y la religión para la clase inferior. Deberes para consigo», *Escritos pedagógicos*, op. cit., «Apéndice», págs. 183 y stes.

15. G.W.F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, G.W., tomo 9, Felix Meiner, Hamburg, 1980, «Vorrede», pág. 46, 19-20 (trad. F.C.E., México, 2ª reimp., 1973, «Prólogo», pág. 44).

meter baza, pero la seriedad de una explanación completa, de grandes dimensiones en sí mismas y sólo adquirible mediante un largo y difícil trabajo, en una palabra, un desarrollo que dé satisfacción al asunto, se sumerge largamente en él y trabaja calladamente.» Y, entonces, casi reconocemos un modo de proceder, el de la ardua labor de años de trabajo de Ramón Valls para ofrecernos esta edición y versión en castellano, «pues la participación rigurosa y profunda se hace a solas consigo mismo y, cuando se dirige a otros, lo hace sin gritar».¹⁶

Es la vinculación del conocer con lo conocido la que se abre al reconocimiento, la implicación a su vez de quien conoce en lo que conoce, hacia ese acróstico que denominamos «reconocer», el que se debe a un trabajo que valorará mejor quien haya practicado *leer con Hegel*. Todo el texto rezuma una cierta agitación que provoca a correr sin prisa, entre las páginas, su propia suerte, una vez que se recuerda que sólo se aprende a nadar en verdad en el agua. «Y querer conocer antes de conocer es tan insensato como el propósito de aquel escolástico de aprender a *nadar antes de echarse al agua*.»¹⁷ Si, en efecto, lo más difícil es enseñar el aprender, la versión que se nos ofrece permite en ocasiones ver prácticamente brotar el texto, como si se nos convocara a leer no sólo lo brotado sino su surgir, como si hubiera de leerse el texto por venir. Los apuntes apuntan y Ramón Valls permite que, ahora como texto articulado, nos hagan falta. Ello mismo implica un talante, el del conocimiento de los límites de toda traducción y el de la proximidad nada fetichista a la propia labor. La traducción convoca el ideal del texto y se mueve de ese texto ideal al texto idea. Pensar unido a la lengua es hacernos cargo de que a su través ganamos riqueza en todo su carácter peculiar.¹⁸ Ahora bien, la traducción ofrece nuevas posibilidades, responde a otras necesidades y es también acaecer del ideal del texto en la forma contingente de la lengua. Así, la *Enciclopedia* llega más lejos, no menos. Ello no impide acercarse al texto alemán, es el no poder hacerlo en alemán lo que lo dificulta. De ahí que los *vocabularios* que ahora se nos ofrecen indican términos, que en tanto que se comentan y razonan, convocan a los lugares de su aparición.¹⁹ No cierran la cuestión, deciden en ella y nos provocan a estudiar agradecidos.

16. G.W.F. Hegel, Prólogo a la tercera edición de la *Enciclopedia*. Cfr. pág. 91.

17. G.W.F. Hegel, *Enciclopedia*, parágrafo 10, pág. 112.

18. G.W.F. Hegel, *Escritos pedagógicos*, op. cit., p. 80.

19. Cfr. Ramón Valls Plana, *Enciclopedia*, nota a los «Vocabularios», pág. 607.